

# NEW LEFT REVIEW 88

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2014

## ARTÍCULOS

EMILY MORRIS	Cuba inesperada	7
MARCO D'ERAMO	UNESCOcidio	52

## ENTREVISTA

GLEB PAVLOVSKY	La visión que Putin tiene del mundo	60
----------------	-------------------------------------	----

## ARTÍCULOS

KEVIN PASK	Nacionalismos estadounidenses	72
JEAN-PAUL SARTRE	Marxismo y subjetividad	92
FREDRIC JAMESON	La actualidad de Sartre	122

## CRÍTICA

WOLFGANG STREECK	La política de la salida	129
MICHAEL CHRISTOFFERSON	¿Una mente de izquierdas?	138
KRISTIN SURAK	Revendiendo Japón	146
HUNG HO-FUNG	¿Canadización?	159

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



tráfico de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

## CRÍTICA

Peter Mair, *Ruling the Void: Hollowing of Western Democracy*,  
Londres y Nueva York, Verso, 2013, 160 pp.

WOLFGANG STREECK

### LA POLÍTICA DE LA SALIDA

Gran parte de la actual ciencia política predominante resulta bastante aburrida. Siguiendo la pauta de los departamentos y las revistas estadounidenses, la investigación sobre temas que tengan un auténtico interés intrínseco, como el cambio en las características de los partidos políticos, parece haber quedado estancada en incontables intentos de modelizar la elección entre los que quieren llegar al gobierno y los que quieren aplicar un programa político; la interacción entre los partidos que «optimizan los votos» y los votantes que «optimizan la utilidad»; la organización de las preferencias de los votantes o la dinámica de la formación de coaliciones: todo ello en ámbitos de características generales intemporales, diseñados para ser representados por medio de conjuntos complejos de ecuaciones formales.

Sin embargo, existen excepciones. Entre las más destacadas, hasta su muerte prematura en el verano de 2011, se encontraba Peter Mair, profesor de política comparada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Muy respetado, fundamentalmente, entre los especialistas europeos, Mair conservaba una fina comprensión tanto de la historia como de las razones del estudio de la democracia. Al contrario que muchos de sus colegas, nunca perdió de vista la estrecha relación entre los partidos políticos de masas y los resultados democráticos; su obra siempre consideró el desarrollo de los primeros, bien anclado en el contexto de los segundos, como lo más importante de esa relación. Además, demostró su compromiso con la democracia popular y los derechos de la gente corriente, en lugar de con las normas

abstractas de la toma de decisiones que se han convertido en el tema favorito de mucho de lo que hoy en día pasa por teoría democrática.

*Ruling the Void* es el más reciente y, desgraciadamente, el último libro de Mair. Completa una obra que comenzó con *The Changing Irish Party System* (1987), un estudio de su país natal que no ha sido superado todavía, y continuó con el hito de *Identity, Competition and Electoral Availability* (1990), escrito conjuntamente con Stefano Bartolini, que se centró en la llamativa prolongada estabilidad de los sistemas de partidos occidentales, aunque haya sido erosionada por la creciente volatilidad electoral registrada a partir de la década de 1970. Fue seguido por el elegante *Party System Change* (1997), y una serie de recopilaciones en colaboración. *Ruling the Void* estaba todavía sin terminar cuando Mair falleció, aunque la teoría básica estaba perfectamente establecida. Se debe a Francis Mulhern, su amigo desde la época universitaria, el mérito de la organización del material existente en un orden impresionantemente legible y coherente, incorporando textos adicionales para redactar el largo capítulo sobre la Unión Europea con el que concluye el libro. El estilo incisivo de Mair, especialmente, su capacidad para formular con claridad y agudeza lo que tiene que decir, es evidente desde las primeras líneas:

La época de la democracia de partidos se ha terminado. Aunque los partidos permanezcan, se han desconectado tanto de la sociedad y persiguen un tipo de competición que tiene tan poco sentido, que ya no parecen capaces de sostener la democracia en su forma actual.

En lo que sigue, esta premisa se elabora con ayuda de un despliegue impresionante de datos empíricos, al detallar Mair el declive, desde abajo, de la participación de los votantes y la afiliación a los partidos y, desde arriba, la «retirada de las elites» de la responsabilidad democrática. Aunque no podemos saber cómo habría sido *Ruling the Void* si Mair hubiera tenido tiempo de terminarlo, estamos seguros de que a grandes rasgos habría sido igual, especialmente en cuanto a la negativa rotunda del autor de apartarse de las grandes cuestiones para preservar la pureza metodológica. Es particularmente llamativa la gran valoración de Mair de los partidos políticos como agencias intermediarias entre sus votantes y las instituciones políticas del Estado: dos ámbitos con dinámicas y contingencias estratégicas muy diferentes. Entre los grandes logros de Mair como politólogo, podemos apuntar el hecho de que se resistiera a especializarse en uno de estos dos ámbitos, aunque ambos requieren el dominio de sectores de conocimiento y metodologías de investigación muy específicas. Para Mair, lo que definía el papel de los partidos políticos era precisamente su función de mediación entre estos dos campos de acción; lo que más le interesaba era la manera en la que sus respuestas en ambas zonas se condicionaban y combinaban.

Entonces, ¿cuál es el mensaje de este importante libro? Al sobrepasar el formato estándar de la política comparada, Mair no analiza tanto las diferencias nacionales entre los sistemas de partidos como los rasgos comunes y las trayectorias históricas compartidas. La «edad de oro» de la democracia representativa se describe con brevedad. Con la llegada del sufragio universal a partir de la década de 1900, los anteriores «partidos de notables» fueron sustituidos por organizaciones de masas, con estructuras fuertes y jerárquicas que unían al electorado sobre la base de experiencias sociales compartidas y expectativas colectivas sobre lo que el partido haría en el gobierno. El papel del partido era traducir los intereses de sus votantes en políticas públicas, reclutar y promocionar a líderes políticos capaces de ejercer el poder ejecutivo y competir por el control del ejecutivo en las elecciones nacionales. El partido de masas clásico, escribe Mair, «dio voz al pueblo», al mismo tiempo que aseguraba que las instituciones del gobierno rindieran cuentas. Mair describe el cambio de los partidos políticos dominantes, a partir de mediados de la década de 1960, hacia lo que el politólogo socialdemócrata Otto Kirchheimer había descrito como un modelo «transversal y genérico» [*catch all party*], que trata de sacar votos mucho más allá de su electorado natural y los convierte «ante todo en partidos que quieren llegar al poder, en los que el deseo de ocupar el gobierno es prioritario frente a cualquier sentido de integridad representativa». La siguiente etapa, que va cogiendo fuerza desde mediados de la década de 1980 y durante la de 1990, es lo que Mair y Richard Katz, siguiendo de nuevo a Kirchheimer, han llamado «el gobierno del cártel», caracterizado por la eliminación de la oposición real: la situación que impera «cuando no existen diferencias significativas que dividan a los protagonistas de los partidos, por muy enérgicamente que compitan a veces entre ellos».

Las últimas décadas del siglo XX fueron, por lo tanto, testigo de «una retirada gradual pero también inexorable de los partidos desde el ámbito de la sociedad civil al del gobierno y el Estado». Tal como destaca Mair, esta «retirada de las elites» ha ido acompañada de la desafección de la ciudadanía, con caídas constantes de la participación media, década tras década, y el «abandono de la implicación popular» en la vida política. El proceso supuso una relegación del «partido sobre el terreno» a favor del «partido en el Parlamento», o en el gobierno, al optar los líderes (para usar otro de los memorables pares de conceptos de Mair) por la «responsabilidad» a costa de la «receptividad». Y a la vez que los partidos se alejaban de sus votantes, se iban acercando entre ellos: «Lo que queda es una clase gobernante».

Mair evita cuidadosamente las explicaciones monocausales, o incluso cualquier razonamiento de explicación unidireccional. Atribuye el «vacío» del gobierno de los partidos democráticos a cambios acumulativos en las constricciones y las oportunidades que los partidos encuentran en los ámbitos

entre los que han mediado tradicionalmente: por una parte, sus bases sociales y, por otra, las matrices de resultados del escenario político. Estas incluyen dos tendencias generales: la individualización y la globalización. La primera se refiere a la erosión sufrida por los entornos sociales de cohesión que ayudaron a estructurar el crecimiento original de los partidos de masas (el mundo de los sindicatos, clubes, iglesias, asociaciones profesionales, grupos de campesinos y otros) así como a la fragmentación de las identidades colectivas, incluyendo la de la clase obrera industrial. Se invoca la individualización en sus diversas manifestaciones para explicar la indiferencia y la apatía crecientes entre los ciudadanos con respecto a los intereses colectivos y a la política, que llega a la desintegración civil del *demos* moderno.

Por su parte, la globalización es responsable de la incapacidad de los Gobiernos nacionales para llevar a cabo políticas autónomas. Las dos tendencias tienen un efecto similar en el gobierno de los partidos. «Tanto si están restringidos por limitaciones globales o europeas o por su incapacidad para identificar a un electorado lo suficientemente amplio y cohesionado al que ofrecer una línea de acción», escribe Mair, «los partidos tienden cada vez más a copiarse entre ellos y a desdibujar lo que podrían ser claras opciones políticas». Además, al encontrarse con una base social erosionada, las elites de los partidos han buscado refugio en la seguridad que ofrecen las instituciones del Estado a los políticos dispuestos a llegar a acuerdos para «compartir gobierno, programa y votantes». En este proceso, la toma de decisiones políticas ha migrado a instituciones «no mayoritarias» (es decir: de elite), como los bancos centrales y las agencias reguladoras, que están aisladas de las presiones redistributivas «mayoritarias»: presiones a las que los Gobiernos tendrían en cualquier caso dificultades para responder, una vez que la globalización ha debilitado el poder económico de los Estados-nación, que anteriormente eran el soporte de la democracia popular.

El ejemplo palmario y abrumador que presenta Mair de un sistema político de «gobernanza» de expertos despolitizada, construido específicamente para excluir a los partidos, a la democracia popular y, con ellos, la política redistributiva, es, evidentemente, la Unión Europea, tal como se analiza en el último capítulo del libro. Una muestra de la lucidez analítica de Mair es su comprensión de la lógica político-económica de esta entidad mucho mejor que las hordas de politólogos especializados en el estudio, por no decir la celebración, de «la integración europea», cuyo principal logro ha sido descubrir un «déficit democrático» en un sistema político en el que evitar que la toma de decisiones colectiva sea democrática fue nada menos que su principio fundacional. El capítulo elimina la ilusión de que exista la posibilidad, evocada hasta la saciedad por la retórica de la «democratización» que predicaban las fuerzas partidarias de «más Europa», de reestructurar la UE para que se constituya en una base de resistencia frente a los efectos de la pérdida

de empoderamiento popular provocados por la internacionalización capitalista. Tal como Mair señala, haciendo referencia a las reflexiones de Robert Dahl sobre la oposición, «se nos concede el derecho de estar representados en Europa, incluso aunque a veces es difícil comprender cuándo y cómo funciona este enlace representativo; pero no se nos concede el derecho de organizar la oposición dentro del sistema de gobierno europeo»:

Sabemos que el no permitir la oposición dentro del sistema de gobierno es probable que conduzca o bien *a)* a la eliminación de una oposición significativa y prácticamente a la sumisión total, o bien *b)* a la movilización de una oposición de principio contra el sistema de gobierno: a una oposición antieuropea y al euroescepticismo. Y, de hecho, este cambio está llegando también a la esfera doméstica, donde el peso creciente de la UE, y su impacto indirecto sobre la política nacional, ayuda también a fomentar los déficits democráticos y, por lo tanto, limita también las posibilidades de la oposición clásica a escala nacional.

Mair termina con una reflexión lúcida: al perder la oposición, perdemos la voz, y al perder la voz, perdemos el control de nuestros propios sistemas políticos; no está nada claro cómo se puede recuperar ese control para devolver el sentido a ese «gran hito» de la democracia: la oposición.

*Ruling the Void* es una lectura esencial para toda persona interesada en la política del siglo XXI. Sin embargo, a pesar de ser un libro absorbente, hay algunas cuestiones interesantes sobre las que el libro resulta ambiguo. Una es *por qué* los principales partidos políticos en Occidente rompieron los lazos con su base social y adoptaron el pensamiento único neoliberal a partir de la década de 1980. ¿Fue porque el cambio de las condiciones objetivas no les dejó elección, fue oportunismo organizativo (el atractivo de la tecnocracia del poder compartido) o fue porque sus electores les habían abandonado y ya no estaban disponibles para la movilización colectiva? En un momento determinado, Mair afirma inequívocamente que el abandono fue mutuo: «Esta es la conclusión que debe ser subrayada más claramente»; pero no analiza la naturaleza exacta de esa reciprocidad. Tampoco analiza la cuestión más general de si podría haber una relación de causalidad entre las dos tendencias, o en qué dirección podría operar; si cada abandono ha dependido del otro y hasta qué punto se han reforzado mutuamente.

Es aquí, en especial, donde uno desea más vivamente que Mair hubiera tenido tiempo de responder algunas preguntas que podrían haber llevado más lejos su análisis. Una se refiere a su concepto clave de globalización y lo que representa. Es ampliamente conocido que la internacionalización creciente de la economía capitalista a partir de la década de 1980 ha hecho más difícil que los Gobiernos nacionales intervengan en nombre de las mayorías populares. Pero las presiones para la protección de la acumulación de capital contra la interferencia democrática vienen de antes e indican una tensión

más profunda entre capitalismo y democracia que fue pospuesta, solo provisionalmente, durante las pocas décadas de crecimiento de la posguerra. Al mantenerse en su terreno de la ciencia política, Mair se abstiene de aventurarse en el de la economía política, a pesar de que las tendencias que describe (el traspaso de las políticas económicas a las instituciones tecnocráticas «no responsables»; la eliminación de la redistribución igualitaria de los objetivos políticos de los Gobiernos occidentales) indican el crecimiento de un nuevo régimen político-económico, tras la victoria del capital en las luchas de la década de 1970.

El relato de Mair sobre el vaciado de la democracia de masas encajaría perfectamente en una descripción más general de la transformación del régimen de crecimiento keynesiano de la posguerra (obligado a buscar el progreso económico por medio de la redistribución desde arriba hacia abajo) en un régimen hayekiano, que pone sus miras en la redistribución desde abajo hacia arriba. De manera más general, podría situarse en el contexto de un dilema básico de la política democrática en el capitalismo: el hecho de que la democracia igualitaria puede, en los momentos buenos, ayudar a gestionar las tensiones sociales producidas por la naturaleza del proceso de acumulación capitalista y, sin embargo, al hacerlo, puede provocar perturbaciones económicas (huida de capitales y otros problemas) que debiliten las precondiciones necesarias para el buen gobierno. En tal situación, los partidos gobernantes pueden considerar que no tienen otra salida que hacerse «responsables» y hacer las paces con la clase capitalista, mientras se protegen lo mejor que pueden de las presiones de ser «receptivos» ante sus afiliados y votantes.

Otra cuestión es si los principales partidos políticos serían, de hecho, capaces hoy en día de organizar y movilizar a sus electores de la manera en que se daba por hecho en la década de 1970. Mair destaca la individualización y fragmentación de sus bases sociales, lo que ya se había convertido en un fenómeno general en la década de 1990 y que debilitó especialmente a los partidos de la izquierda. Pero esto puede ser solo la corteza de un cambio más profundo en la manera en la que las personas se relacionan entre sí, incluso en la propia naturaleza de la sociabilidad y la cultura social: un cambio que solo ahora comenzamos a entender, con el gran avance de las llamadas redes sociales. La individualización, tal como la invocaban Mair y otros, parece no ser más que un concepto provisional para un cortoplacismo y una volatilidad crecientes que afectan a los compromisos sociales en general, no solo en el ámbito cívico y político, sino también en la vida privada y familiar y, desde luego, en los mercados laborales y de productos; una tendencia descrita por muchos como un aumento de libertad, en lugar de una pérdida de solidaridad. Lo que esto augura para la política es que puede que quizá incluya la «voz», en el sentido de Albert Hirschman, pero que más que

nada propiciaría la «salida», pronto y a menudo, y muy poca «lealtad» en lo que respecta al compromiso y a la disciplina, al servicio de valores compartidos, necesarios para una visión colectiva de la sociedad buena.

En el orden de cosas que parece estar emergiendo, los lazos sociales se basan en el gusto y en la elección más que en la obligación, con el resultado de que las comunidades parezcan asociaciones voluntarias de las que se puede dimitir si exigen demasiada abnegación, en lugar de «comunidades de destino» con las que uno sube o cae. Las nuevas redes sociales, que se han convertido rápidamente en herramientas casi indispensables de la sociabilidad humana, permiten a las personas conectarse y asociarse con otras de ideas similares sobre los temas «subjetivos» más esotéricos. Como el ciberespacio se salta la geografía, se rompe la conexión, elemental para la movilización política tradicional, entre intereses compartidos y relaciones personales surgidas de la vecindad física. Una consecuencia es que el control social entre los «miembros de una red» se minimiza; darse de baja es fácil, especialmente cuando las personas usan seudónimos: otra faceta del nuevo voluntarismo de las relaciones sociales. Curioseando el ilimitado suministro de causas, gustos y estilos de vida proporcionados por internet, se puede decidir libremente que a cada uno le «guste» lo que cada uno desee; en comparación con los partidos políticos de la vieja escuela, no hay presión por la coherencia ideológica ni por la adhesión a un programa común.

No se puede pasar por alto la analogía entre la *consumerización* del compromiso político y los nuevos mercados del capitalismo hedonista, alimentado por los productos personalizados individualmente. Por ejemplo, como parte de la campaña para incrementar la participación en las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2014, el *Frankfurter Allgemeine* presentaba a sus lectores un cuestionario *online* (preparado, por cierto, por el Instituto Universitario Europeo de Florencia) titulado «¿Qué partido me va mejor?», en lugar de «¿Qué partido le va mejor a Europa?», como uno habría esperado ilusamente. Mientras tanto, todas las cuestiones cruciales de la política europea habían sido cuidadosamente marginadas por los dos veteranos de Bruselas que se presentaban a sí mismos como los *Spitzenkandidaten* continentales para la presidencia de la Comisión Europea. A pesar de que simulaban competir entre ellos, iban en plataformas esencialmente idénticas. Es la mejor confirmación para las tesis de Mair sobre «el gobierno mediante el cártel» y el brillante análisis de la política de la UE presentado en el último capítulo de *Ruling the Void*.

Tal como se señalaba anteriormente, Mair ofrece dos explicaciones para su teoría sobre cómo los principales partidos políticos han abandonado su posición de intermediarios entre sus electores y el Estado. La primera es que las circunstancias político-económicas objetivas les han hecho imposible seguir siendo receptivos ante las necesidades y las exigencias populares,



al atarles a políticas inadecuadas para inducir al compromiso cívico y político. En segundo lugar, apunta a que su base social puede que ya no esté dispuesta a llevar a cabo el tipo de acción colectiva que los partidos promovían tradicionalmente. [Si en el siglo XIX el *Lumpenproletariat* fue incapaz de organizarse disciplinadamente, hoy en día puede que lo sea la clase media hedonista. Un ejemplo de los extremos desesperados a los que llegan ahora los partidos establecidos para atajar la debacle de sus afiliaciones sería la organización juvenil de la CDU alemana, que ha lanzado una campaña de reclutamiento que promociona el color del partido, el negro (de origen clerical, ya que deriva de los hábitos negros de los sacerdotes católicos), con el eslogan *Black is beautiful*; en inglés, por supuesto. Los activistas celebran fiestas en las que distribuyen, *inter alia*, condones negros].

Sin embargo, lo que Mair no analiza es si estas dos tendencias, macro y micro, están relacionadas de alguna forma. Se podrían considerar varias conexiones, desde la globalización de los sistemas de producción y los mercados laborales, que debilitan las estructuras de clase de las sociedades capitalistas avanzadas, hasta el aumento del capitalismo consumista que conlleva la individualización comercial y la privatización de la satisfacción de las necesidades (algo que fue discutido en la NLR 76). La inquietante conclusión podría ser que en el capitalismo actual la legitimidad del sistema proviene del consumo individualizado en mercados no limitados por fronteras jurisdiccionales, en lugar de provenir de la corrección política de mercados dentro del marco de los Estados-nación o de la deliberación democrática sobre los intereses colectivos en las comunidades políticas. Cuando la elección del consumidor individual ocupa el lugar de la elección política, la intermediación de las organizaciones políticas sobre los intereses puede llegar a ser percibida como prescindible o, incluso peor, restrictiva. El desarrollo capitalista podría haber llegado a consistir hasta unos límites ya importantes, y más amplios que nunca antes, en que la *Vergesellschaftung* [socialización] del mercado arrolla y reemplaza a la *Vergemeinschaftung* [comunitarización] política.

El análisis de Mair está centrado principalmente en Europa Occidental y las nuevas democracias del Este, y no presta atención a Estados Unidos. Allí, la tendencia parece ser la contraria: polarización creciente entre los partidos políticos principales, voluntad de negociación en declive que produce un bloqueo general del Gobierno, vuelta a la «receptividad» a costa de la «responsabilidad», triunfo de los programas políticos frente a los que solo quieren llegar al Gobierno; todo ello en contradicción con el modelo establecido de predominio del votante medio, tal como Jacob Hacker y Paul Pierson, autores de *Winner-Takes-All Politics*, señalan en un reciente artículo; y, además, subrayado por el hecho de que las preferencias de los votantes en Estados Unidos parecen mantenerse sin grandes cambios. El renacimiento

de la pureza ideológica en Estados Unidos ha tenido lugar principalmente en la derecha, en el Partido Republicano, mientras que los Demócratas se mantienen fundamentalmente en una posición centrista, lo que hace más profunda la línea divisoria entre los dos partidos: de ahí el término «polarización asimétrica». Pero ¿por qué debería un partido privarse en la práctica de construir una mayoría nacional por el prurito de representar más auténticamente al pequeño núcleo de su electorado? Aquí es donde entran los grupos de interés, especialmente, los del capital: un tema que Mair solo trata marginalmente. De acuerdo con el análisis de Hacker y Pierson, el grupo de presión de la patronal estadounidense sirve como una especie de equivalente funcional del Estado europeo, al proporcionar a su partido preferido apoyo financiero, liberándolo así de la servidumbre del votante medio. En un sistema constitucional de gobierno dividido, el partido puede dedicarse entonces a bloquear la legislación, preservando así el statu quo institucional en un mundo de cambio social y económico rápido. El resultado es lo que Hacker ha llamado en otro lugar la «deriva» del programa político: la debilitación gradual de las políticas y las instituciones redistributivas al denegarles la actualización regular que necesitan para mantenerse al día en un entorno en mutación. Esta forma de neutralización del Estado puede ser aparentemente un efectivo equivalente político a la «globalización» en un país que en principio todavía es suficientemente hegemónico para contar con alternativas realistas al neoliberalismo.

Resulta muy paradójico que hoy en día la repolitización parezca principalmente confinada en la derecha, y no solo en Estados Unidos; obsérvese los nuevos partidos «populistas» de Europa, que en gran parte se están beneficiando del abandono por parte del centro-izquierda de su antiguo electorado al buscar grandes coaliciones con el centro-derecha. En cuanto a los grupos de interés organizados, merece la pena mencionar que, en el preciso momento en que los partidos transversales y genéricos y sus elites están inmersos en un abandono acelerado de su base social, las asociaciones patronales en Europa han prestado una mayor atención a su «lógica de pertenencia», liberándose de compromisos corporativistas con los sindicatos y el Estado y radicalizando su retórica, así como su peso político. Estas dinámicas solo pueden intensificar los cambios dibujados con tanta precisión en *Ruling the Void*.